

Antonio Antón

La desigualdad social

La desigualdad es el desafío que caracteriza a nuestra era
(Obama, 2013).

[El estudio de la estratificación social es un intento de responder a la pregunta] *Quién consigue qué, y por qué*
(Lenski, 1966).

La desigualdad social y, específicamente, la desigualdad socioeconómica, está adquiriendo, de nuevo, una gran relevancia para la sociedad. Ha pasado al primer plano de las preocupaciones de la población y se refleja en el ámbito político. Ha sido reconocida como importante problema por personalidades mundiales como Obama y el Papa Francisco, así como por instituciones internacionales nada sospechosas de izquierdismo como el Banco Mundial y la OCDE. Podemos decir que, en el año 2013, se ha convertido en uno de los temas más significativos entre la opinión pública y reconocido en los medios de comunicación.

Según un reciente sondeo sobre *desigualdad* (ver diario *El País*, 6 de enero de 2014), en España, el 90% de la población opina que *la brecha entre ricos y pobres ha crecido*, el 89% que *la actual situación económica favorece a los ricos* y el 75% que *la brecha entre ricos y pobres es un gran problema* (los porcentajes respectivos para otros países significativos son: Grecia, 88%, 95% y 84%; Italia, 88%, 86% y 75%, y Alemania, 88%, 72% y 51%). La evidencia de esa realidad, la relevancia de la nueva cuestión social, se impone en las distintas esferas.

No obstante, existen desacuerdos sobre su dimensión, sus características y sus causas, cómo afecta a los distintos sectores sociales y cómo se está configurando la nueva estratificación social, los ganadores y los perdedores. Y, sobre todo y conectado con todo ello, qué posiciones normativas y dinámicas de cambio sociopolítico se están generando para deslegitimarla frente a los planes neoliberales para reforzarla o infravalorarla.

Aumentan la pobreza y la exclusión social, así como las distancias entre países e individuos ricos y pobres. Pero, con la crisis económica y las políticas de austeridad dominantes, también se ha agravado la desigualdad socioeconómica y se han ampliado las brechas sociales en el conjunto de las sociedades desarrolladas y, particularmente, en los países europeos periféricos, como España.

La investigación sobre la desigualdad social también es fundamental para estudiar la estratificación social, para conocer la sociedad y saber no solo *cuánto y cómo* se distribuye sino, sobre todo, *quién consigue qué y por qué*. Aquí, se explica la importancia de la desigualdad social: primero, la clarificación de su concepto; segundo, el crecimiento y las características de la desigualdad, utilizando diversos gráficos y tablas de los principales indicadores; tercero, la conveniencia de la deslegitimación de la desigualdad; cuarto, la relevancia de la nueva cuestión social, y, por último, en el anexo figuran otros datos complementarios, comentados sintéticamente.

1. El concepto de desigualdad social

Desigualdad social es un concepto relacional o comparativo. Significa la existencia de distintas oportunidades en el acceso, posesión, control y disfrute de recursos y poder, derivadas de diferentes condiciones, contextos y trayectorias. En el consenso ético básico se

establecen las garantías de las libertades y los derechos civiles, políticos y sociales; algunos factores condicionantes del trato desigual suelen ser considerados, al menos formalmente, 'no legítimos', como el origen étnico-nacional, el sexo u otras opciones 'culturales'. Se trata del pensamiento 'correcto', derivado del reconocimiento de los llamados derechos universales, basados en la *Declaración de los Derechos Humanos* de la ONU (1948), impulsada por los países 'aliados' en la guerra contra el nazismo y el fascismo. A ella podemos añadir los posteriores *Pactos de Derechos Económicos y Políticos* (1966), firmados por los países más relevantes, y la *Carta de la Tierra* (2000), en donde personalidades mundiales definían los derechos medioambientales.

La ilegitimidad pública de otras relaciones desiguales o ventajas comparativas, desde el pensamiento liberal dominante, es más 'discutible'; por ejemplo, los privilegios de los sistemas de herencia, propiedad, control, estatus y familia, ya que su justificación está condicionada por las pugnas culturales, sociales y políticas entre diversos sectores socioeconómicos y de poder con distintas fundamentaciones éticas.

En todo caso, una vez apuntada la complejidad valorativa de distintos tipos de desigualdad, aquí partimos de que la desigualdad social hace referencia a relaciones sociales de ventaja o privilegios frente a desventaja o discriminación; o bien, a dinámicas de dominación, explotación u opresión de unos segmentos de la sociedad frente a posiciones de subordinación o sometimiento hacia otros sectores o capas sociales. En este análisis que pone de relieve las grandes desigualdades socioeconómicas y su carácter estructural, se considera que esa situación es inmerecida e injusta para la mayoría de la población. Es condenable social y éticamente desde una perspectiva democrática, igualitaria y solidaria.

Con el término 'social' incorporamos no solo las desigualdades derivadas de las relaciones o estructuras socioeconómicas, sino todas las 'relaciones sociales': las de dominación, que imponen subordinación, así como las que denotan reciprocidad o cooperación. Las tres desigualdades 'sociales' fundamentales son la socioeconómica, la de sexo y la nacional o étnica, con las correspondientes relaciones de poder o autoridad. Las tres y su interrelación son relevantes para la conformación de la estructura social, que se ve atravesada por ellas. Hay otras divisiones que podemos considerar menores, aunque en algunos casos y momentos sean especialmente significativas. Algunas son estrictamente sociales, como la edad. Otras destacan por diversos componentes 'culturales' o políticos, como las creencias religiosas, las adscripciones ideológicas o las opciones sexuales. En otro plano están los problemas medioambientales o la sostenibilidad del planeta que también afectan de forma desigual a la población mundial.

La palabra 'cultural' se refiere normalmente a la subjetividad o conciencia social: ideas, creencias, sentimientos, valores, identificaciones, mentalidades... Pero, además, en este ámbito de la sociología (y también en el de la antropología), también incluye la conducta social: costumbres, hábitos, estilos de vida... Estos aspectos de las relaciones sociales y las identidades (individuales y colectivas) son un componente fundamental del hecho social.

En las relaciones sociales y culturales se pueden establecer divisiones no jerárquicas basadas en la cooperación o la reciprocidad, derivados del contrato social y la combinación más o menos asimétrica de derechos y deberes. La propia división social del trabajo entre distintas profesiones y oficios está fundamentada por la diferente función económica e institucional, por la especialización productiva, y puede llevar aparejada la necesidad de la cooperación (según señalaba Durkheim), además de la competencia. Igualmente, en el plano cultural puede haber diversidad de opciones y preferencias que no conllevan relaciones de desigualdad, subordinación o dominación. Por tanto, no todas las 'diferencias' o divisiones conllevan desigualdad o establecimiento de jerarquías ilegítimas. Entonces se hablará de 'diversidad'.

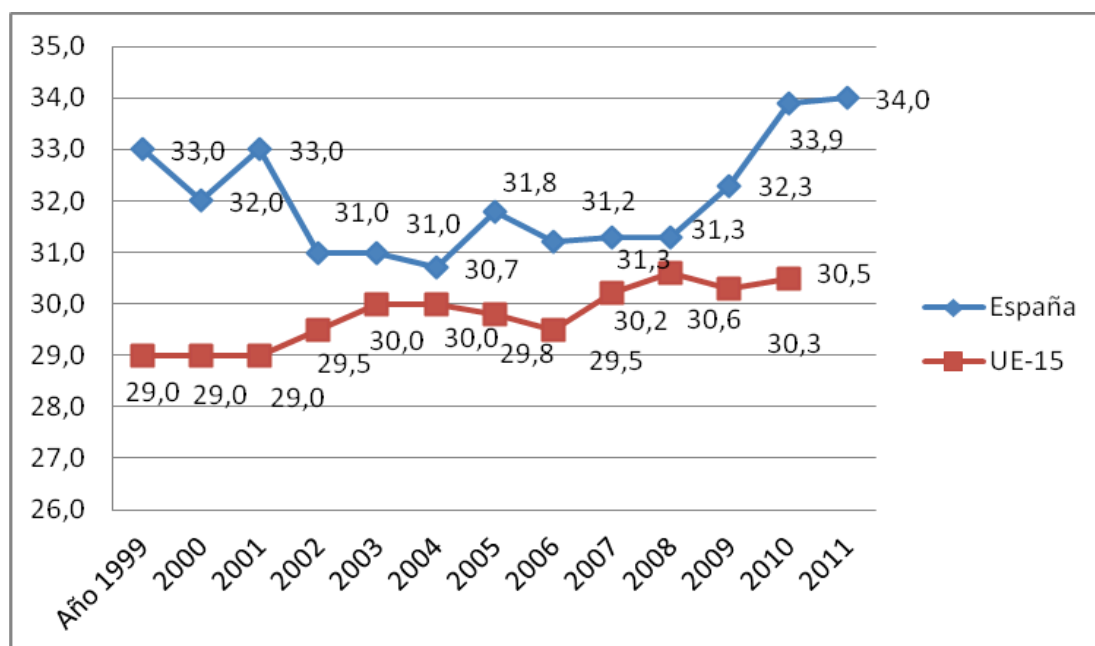
Aquí, nos detenemos en el análisis de la desigualdad socioeconómica (y de poder) en la distribución, posesión y control de bienes, recursos, status y autoridad, aunque aludiremos a algunos elementos transversales por sexo y nacionalidad. En otra parte, también abordaremos la interrelación de la desigualdad con los criterios de justicia social, así como con la conciencia colectiva y el comportamiento social.

2. Incremento y características de la desigualdad socioeconómica

Para analizar la desigualdad socioeconómica el principal indicador es el Índice Gini, que considera toda la estructura social. Lo completaremos con otros indicadores principales sobre la relación entre los ingresos del 20% superior y los del 20% inferior, la evolución de la pobreza, la segmentación laboral y salarial y la distribución mundial de la riqueza. Se dejan para el anexo otros datos complementarios que amplían estos indicadores e ilustran otros aspectos interesantes pero parciales y que aquí podrían resultar muy prolijos y enturbiar la explicación central.

El gráfico 1 señala el importante crecimiento de la desigualdad en España en los últimos años de crisis. El incremento entre el 31,3, del año 2007, y el 34 del año 2011 es casi del 10%, y la distancia con la media de la UE-15 se amplía. Por otro lado, el gran crecimiento económico de los años previos no se utilizó para mejorar el nivel de igualdad que se mantuvo similar desde principios de la década. Crecimiento no es sinónimo de igualdad y, en este caso, crisis económica y austeridad sí que produce desigualdad.

Gráfico 1. Coeficiente Gini



Fuente: Eurostat (2014). El Índice Gini, utilizado por las principales instituciones mundiales y europeas, expresa la desigualdad del conjunto de todos los estratos de una sociedad, con un indicador entre el 0 (máxima igualdad) y el 1 (máxima desigualdad). Aquí, lo hemos transformado en 'coeficiente' Gini, es decir, en porcentaje respecto de cien y, por tanto, expresado entre los límites de 0 y 100.

Con los últimos disponibles de la ONU (algunos dispares con los de la OCDE y el Banco Mundial, que tratamos en el anexo), podemos clasificar distintos países significativos del mundo, en cuatro segmentos por nivel de desigualdad:

- *Países menos desiguales* (coeficiente Gini de 22,6 a 25,4): Noruega 22,6; Eslovenia 23,7; Suecia 24,4; R. Checa, 24,9; Países Bajos, 25,4.
- *Países con baja desigualdad*, en torno a la media de la eurozona (30,5) y la UE-27 (30,7) (entre 28 y 35): Dinamarca, 28,1; Alemania, 28,3; Francia, 30,5; Italia, 31,9, Reino Unido, 33,0; España, 34,0 (el número 51 de 160 países); Grecia, 34,3; Portugal, 34,5; Otros países del Este y musulmanes con menos desigualdad que España son: Ucrania, 26,4; Pakistán, 30,0; Egipto, 30,8; Polonia, 30,9; Croacia, 31.
- *Países con alta desigualdad* (entre 36 y 56): India, 36,8; Japón, 37,6; Cuba, 38,0; Venezuela, 39,0; Rusia, 40,1; Turquía, 44,8; EEUU, 46,9; México, 47,6; Brasil, 54,7; Bolivia, 56,3.
- *Países más desiguales* (por encima de 60): China, 61,0; Global Mundo, 63,0; Sudáfrica, 63,1; Namibia, 63,9.

Podemos hacer los siguientes comentarios. Los países menos desiguales del mundo están en Europa, en particular los de tradición socialdemócrata, seguidos por los continentales centroeuropeos.

Pero también el grueso de la U. E., comparando con el resto del mundo y la media global, está en el segundo bloque de baja desigualdad, incluido los anglosajones, los mediterráneos y algunos del Este. Tiene sentido hablar del modelo 'social' europeo, asociado a una menor desigualdad económica con grandes franjas intermedias y un Estado de bienestar, con amplios servicios públicos e importante protección social pública, todo ello dejando al margen los condicionamientos y ventajas históricas en su construcción y su desarrollo económico. Cabe mencionar también en este bloque, tres países significativos, de Asia (Pakistán), norte de África (Egipto) y Europa del Este (Ucrania); los dos últimos con importantes revueltas sociales democratizadoras en un contexto de bloqueo económico y autoritarismo político-institucional.

En el tercer bloque, con alta desigualdad, aparece EEUU, la principal potencia mundial. Según la ONU (que no coincide con el del Banco Mundial), la evolución de su desigualdad ha sido la siguiente: en 1929, el coeficiente de Gini era de 45,0; en 1969 había bajado al 36,1; para 1989 este coeficiente se había elevado a 44,5, y en 2009, al 46,9. Según estos datos, en la década de los ochenta, se habría producido un fuerte aumento de la desigualdad y, en estos años de crisis, se estaría generando otro fuerte impacto. Se puede completar esta visión con el coeficiente de Gini referido al patrimonio que todavía da una relación más desigual y que ha ido en aumento: año 1983, 80,0; año 1989, 83,2; año 2007, 83,4; año 2009, 86,5.

Otro país significativo es Brasil, con una alta desigualdad (54,7), pero que ha bajado ligeramente (un 10%) desde el año 1998 (60,7). Aquí se puede decir que el gobierno de izquierdas, de más de una década, se deja notar algo en este aspecto, sin que por ello sirva de suficiente contención a las amplias demandas populares de mejores servicios públicos.

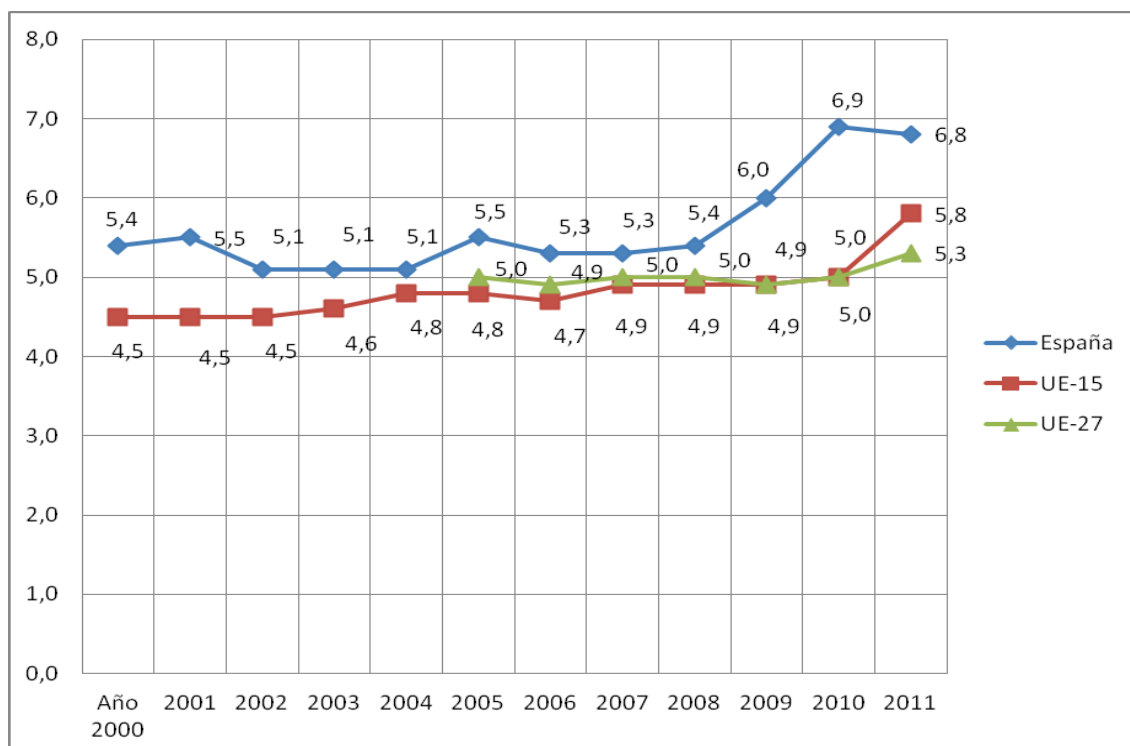
Un país particular es Cuba. Su evolución ha sido la siguiente. En el año 1986 tenía un mínimo de desigualdad, con un coeficiente de 22,0; subió a un máximo de 55 en 1995, y fue bajando al 40,7 en 1999 para descender al dato último de 38,0, en 2002.

Dentro de los países más desiguales del mundo (la mayoría africanos y algunos latinoamericanos), hay que mencionar a Sudáfrica (63,1). A pesar de la desaparición del apartheid y el impulso antirracista de N. Mandela y su partido gobernante, el Congreso Nacional africano, esa realidad de gran desigualdad social expresa los límites de los cambios de la estructura económica y la persistencia de una minoría oligárquica (blanca con pequeños añadidos de color) junto con una mayoría (negra) pobre que permanece.

Un caso especial es China, con un gran incremento de la desigualdad social: el coeficiente Gini, ha ascendido fuertemente desde 1999 (39,2), pasando por 2004 (46,5), hasta el año 2009 (61,0); su aumento en esa década es de un 50%. Supone que aunque su gran crecimiento económico ha permitido una mejora sustancial del nivel de vida medio, incluido

las amplias capas populares rurales, se han incrementado las distancias entre las capas dominantes (unos pocos millones de la élite económica e institucional), las llamadas clases medias (urbanas), que según diversas fuentes alcanzan los trescientos millones de personas y se están consolidando, y la mayoría de la población (más de mil millones) cuyo progreso es menor, y perciben las grandes desigualdades y el aumento de las distancias de los sectores acomodados y las élites. Dadas las implicaciones de su particular sistema económico y político, en el anexo desarrollaremos esta relación entre crecimiento y desigualdad.

Gráfico 2: Ratio s80/s20
(Relación entre la renta del 20% superior y la del 20% inferior)



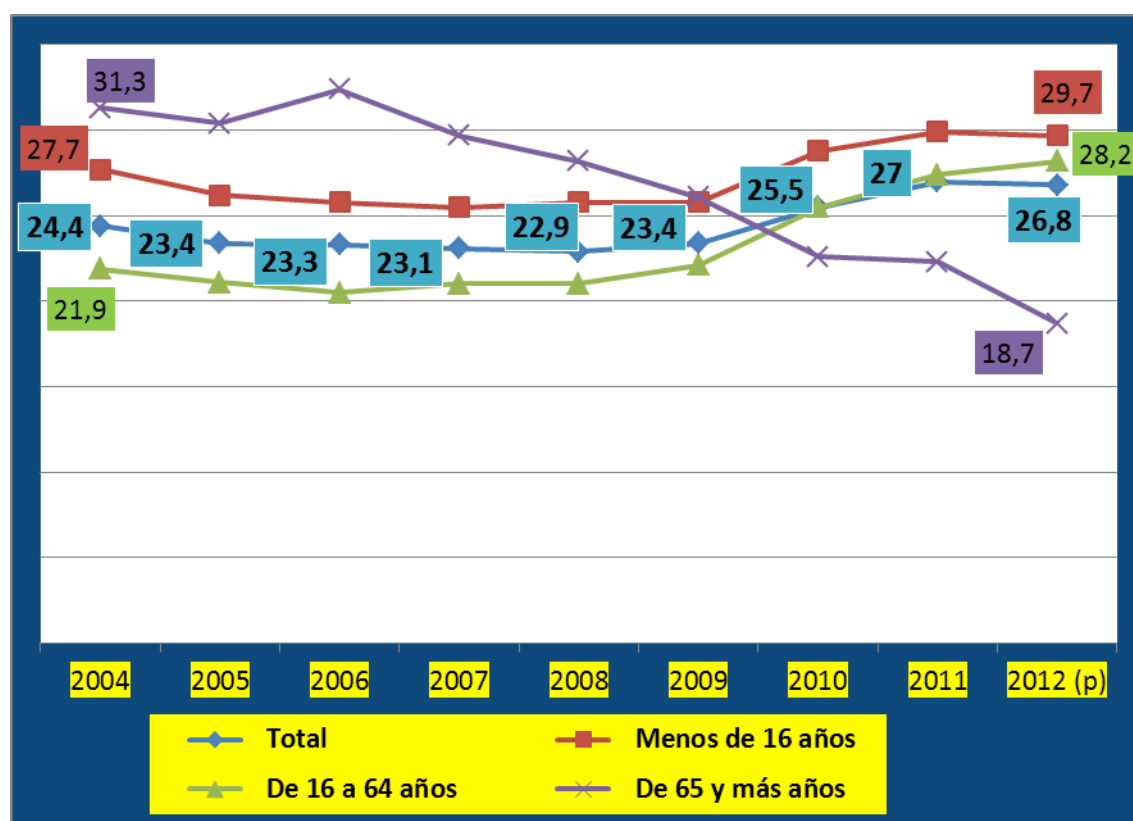
Fuente: Eurostat (2013).

El gráfico 2 expone la evolución de la relación entre las rentas del 20% superior o más rico de la población y las del 20% inferior o más pobre. Al comparar los datos de España y la UE-15 (los países iniciales, más desarrollados, aunque también están incluidos Portugal y Grecia) y la UE-27 (el conjunto), vemos que la distancia es significativa, en torno a un 10% más, durante toda la década hasta el año 2008 (5,4). Pero en los últimos años, con la crisis, el desempleo y la debilidad de la protección social, en España se produce un incremento sustancial de la desigualdad, llegando a una relación de 7,2 puntos en el año 2012 (con los últimos datos disponibles y provisionales). Esos cuatro años suponen un incremento de un tercio en las distancias de los ingresos entre esos dos segmentos extremos, el porcentaje mayor en la UE, y nos sitúa en una distancia entre esos segmentos un 28% superior a la media europea. Esta desigualdad es incluso superior a la de Grecia que la ha incrementado un 10% (de 6 puntos en el año 2007 a 6,6 en 2012), o Italia con un ligero aumento del 5% (de 5,3 a 5,5 puntos); y considerando que otros países han reducido esa diferencia de ingresos, como Portugal (de 6,5 a 5,8 puntos) y Alemania (de 4,9 a 4,3 puntos). Podemos añadir que el 20% más rico en España acapara el 44% de las rentas, y el 80% restante se reparte el 56%; es decir, los ingresos del sector más pudiente son el triple de la media del resto de la sociedad.

Como se puede comprobar en el gráfico 3, Eurostat ha incorporado un nuevo indicador (tasa) por debajo del cual se sitúa la población en riesgo de la pobreza y exclusión, que es el utilizado aquí; no mide solo la ‘pobreza monetaria’, habitual en las estadísticas sobre pobreza y que ronda en torno al 21%, como se detalla en el anexo, sino que incorpora también otras condiciones de vida, como la vivienda.

El porcentaje de la población total en riesgo de pobreza había disminuido ligeramente desde el año 2004 (24,4%) al 2008 (22,9%). Pero se incrementa fuertemente (cuatro puntos, el 17%) en estos cuatro años, hasta llegar al 27% en 2011 y al 26,9% (provisional), en 2012. Así, por debajo de ese umbral se sitúa más de una cuarta parte (26,8%) de la población española, o sea, casi doce millones de personas. Paradójicamente, la parte de los habitantes que resiste más este retroceso es la de 65 y más años, ya que sus pensiones de jubilación (no las de viudedad) son mayoritariamente bajas pero están ligeramente por encima de ese umbral (aunque van a sufrir los recortes de las reformas de pensiones aprobadas, e hijos y nietos empiezan a depender de esos ingresos). Al mismo tiempo, en la población adulta se incrementa la pobreza al aumentar el desempleo, y su tasa de pobreza corre pareja con la de la media. Es especialmente significativo el aumento del porcentaje de pobreza, en más de seis puntos (del 21,9% al 28,2%), entre la población menor de 16 años, gran parte en unidades monoparentales (mujeres en desempleo o inactivas), y que presenta un panorama muy difícil para una parte significativa de nuestra infancia.

Gráfico 3: Evolución de la tasa de riesgo de pobreza en España



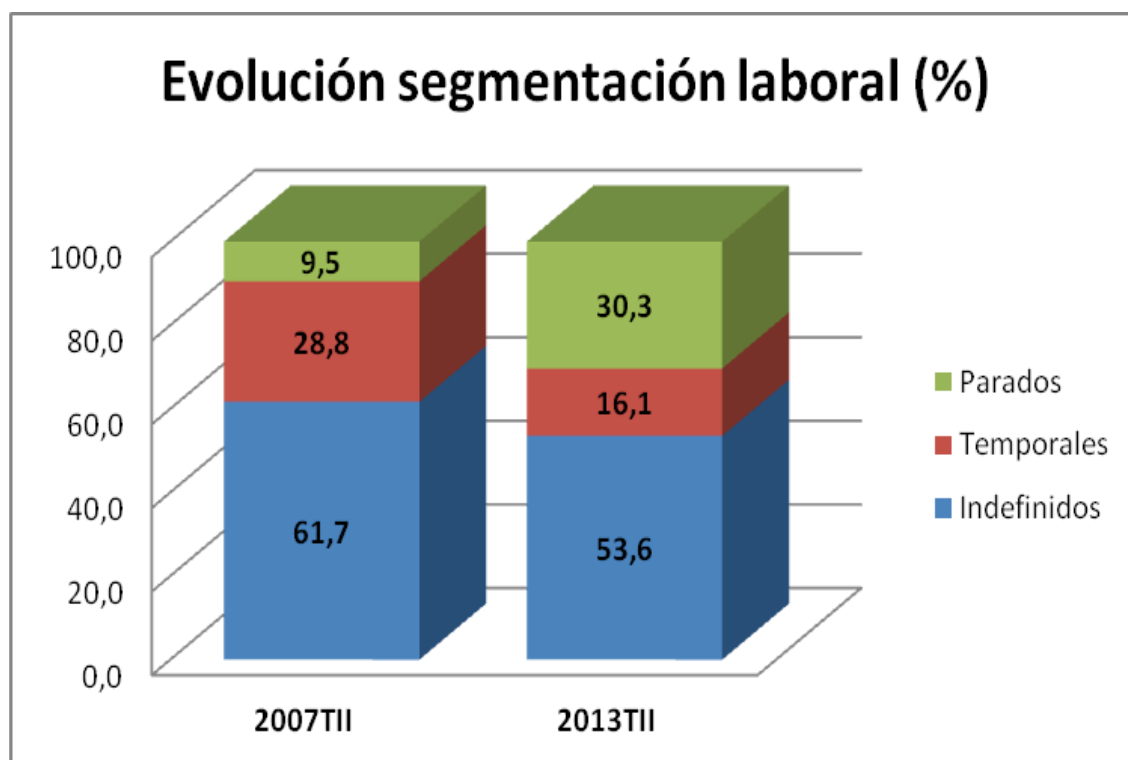
Fuente: Eurostat-ARPE (Estrategia 2020) (2014).

La población asalariada y desempleada en el 2º trimestre (el más normalizado del año) de 2007 era de 18,5 millones, y el de 2013 de 19,7 millones. Como se ve en el gráfico 4, dentro de ese conjunto de población el porcentaje de personas en paro se ha incrementado más de 20 puntos (del 9,5% al 30,3%); con empleo temporal ha bajado en casi trece puntos (del 28,8%

al 16,1%), y con contrato indefinido han disminuido (del 61,7% al 53,6%). Si consideramos la tasa de precariedad laboral como la suma de personas paradas y con contrato temporal, tenemos que se ha incrementado ocho puntos, ha pasado del 38,3% al 46,4%. Pero lo más significativo es que se ha incrementado su gravedad al ser el porcentaje del paro el doble que el de la temporalidad. Se configura el llamado 'precarizado', de fuerte composición juvenil, con una situación precaria prolongada, estancada y sin expectativas de mejora sustancial, aun con fragmentación interna. Se está configurando una subclase o capa diferenciada, más frágil, dentro de las clases trabajadoras. Su estatus económico-laboral afecta a sus proyectos vitales. Es diferente a la experiencia juvenil de la década pasada que aun partiendo de una amplia precariedad laboral, mayoritariamente era transitoria, menos grave y con dinámicas de inserción profesional y movilidad social ascendentes.

Además, fruto de las dos reformas laborales, el empleo con contrato indefinido ya no se puede asociar a empleo 'estable', o bien remunerado, sino que se ha convertido en más inseguro y con pérdida de poder adquisitivo de sus salarios. Gran parte de gente trabajadora, e incluso de capas medias cualificadas, con empleo fijo, tienen una situación más vulnerable e incierta.

Gráfico 4: Evolución de la segmentación laboral (%)



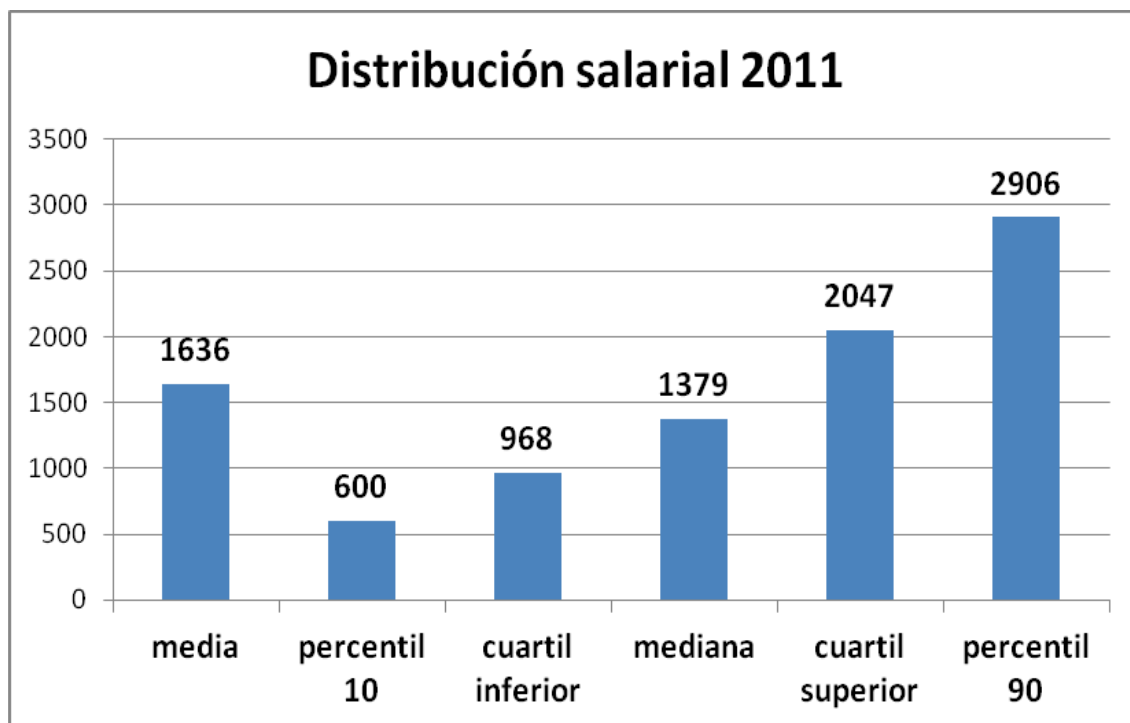
Fuente: INE-EPA (2013) y elaboración propia.

Por último, hay que matizar que no toda la población asalariada pertenece a la clase trabajadora (igual que no todos los trabajadores autónomos pertenecen a la clase media –o pequeño burguesía-). Una parte significativa de asalariados y asalariadas, con posiciones de control y autoridad, empleo cualificado y más seguro y salarios más altos, se puede considerar clase media (media-media y media-alta).

Por tanto, en esta evolución del mercado de trabajo ya se advierte una ampliación, consolidación y agravamiento del segmento precario de las clases trabajadoras (desempleadas y temporales), junto con una mayor incertidumbre y descenso en sus condiciones laborales y

de empleo en capas trabajadoras estables y clases medias cualificadas (por ejemplo, en sanidad y educación). En el anexo se amplian estos datos por sexo y edad, dando lugar a una realidad interna más fragmentada.

Gráfico 5: Distribución salarial en 2011



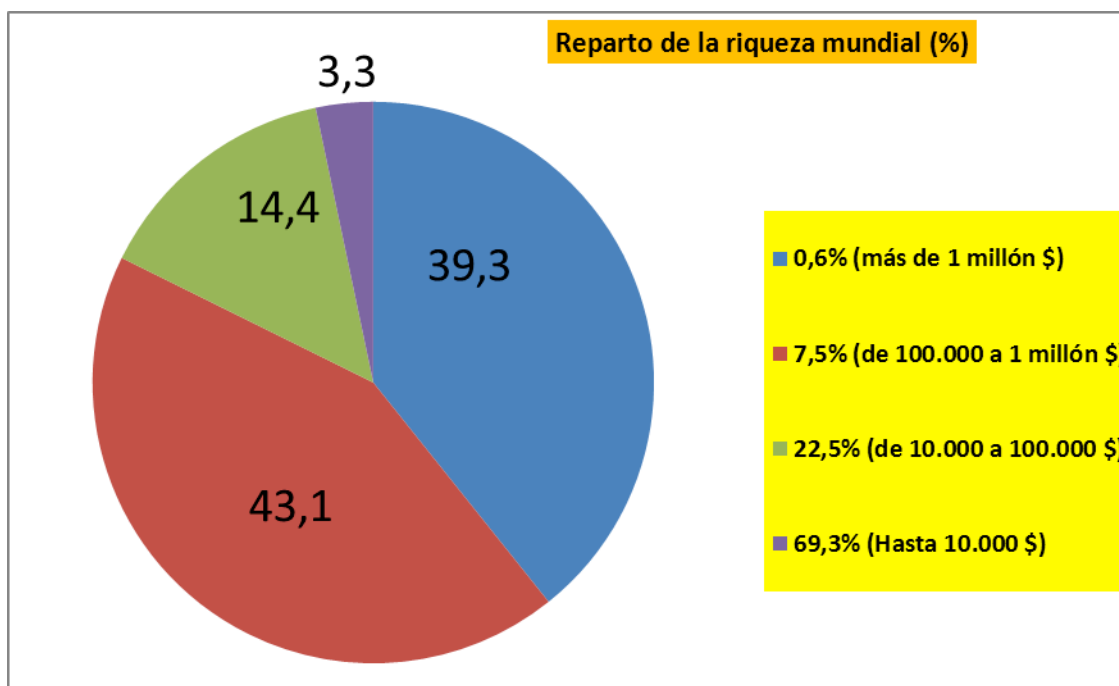
Fuente: INE (Encuesta de estructura salarial) (2013) y elaboración propia. Los datos son en euros en 14 pagas.

El gráfico 5 muestra la importante segmentación de los ingresos de la población asalariada (no se cuentan autónomos y empresarios), con los últimos datos disponibles. A final de ese año 2011 había 14,8 millones de asalariados, 12,7 con jornada a tiempo completo y 2,1 a tiempo parcial. Un percentil o décima parte son casi millón y medio de personas asalariadas; un quintil o quinta parte son tres millones setecientos mil. La media salarial que perciben los que más cobran, el percentil 90 (2.906 euros), es 4,84 veces la media del percentil 10 (600 euros), los que menos reciben. La media salarial que percibe el cuartil superior (2047 euros) es algo más del doble de la del cuartil inferior (968 euros). La ‘mediana’ salarial es de 1.379 euros: la mitad de la población percibe ingresos por encima de esa cantidad y la otra mitad por debajo. La ‘media’ salarial es de 1.636 euros: si el conjunto de rentas salariales se distribuyese igual entre todas las personas asalariadas tocarían a ese importe. Antes ya se ha avanzado que el asalariado (al igual que los autónomos) podemos considerarlo población trabajadora, pero no estrictamente ‘clase’ trabajadora y que una parte significativa es clase media. En este caso, podemos utilizar ese indicador de la media salarial para distinguir la desigualdad del poder adquisitivo, el nivel de vida y su estatus económico. Así, la cuarta parte superior (y con parte del siguiente cuartil, hasta el 40%) se puede clasificar, según sus remuneraciones, dentro de la categoría clase media, tal como se desarrolla en la segunda parte de esta investigación.

El gráfico 6 detalla la distribución de la riqueza mundial en cuatro segmentos, según el nivel de ingresos: 1) el segmento más rico con ingresos superiores a un millón de dólares (750.000 euros, aproximadamente a un cambio de 0,75 dólares por euro) constituye el 0,6% de la población pero se reparte el 39,3% de la riqueza mundial; 2) el segundo segmento, con

ingresos entre cien mil y un millón de dólares (entre 75.000 y 750.000 euros), lo forma el 7,5% de la población mundial y recibe el 43,1% del total de ingresos; 3) el tercer segmento, con percepciones ente diez mil y cien mil dólares (entre 7.500 y 75.000 euros), está compuesto por el 22,5% de personas que se distribuyen el 14,4% de la riqueza, es decir, ya están por debajo de la media mundial y pertenecen a él el grueso de las capas populares europeas; 4) el cuarto segmento lo componen el 69,3% de los habitantes del planeta, la mayoría de los países poco desarrollados y los ‘pobres’ de países como España, que perciben por debajo de diez mil dólares (7.500 euros).

Gráfico 6: Reparto de la riqueza mundial (%)



Fuente: *Credit Suisse* (2013) y elaboración propia (datos del año 2012, en dólares).

Como se observa, una minoría oligárquica (élites financieras, económicas e institucionales) del 8% de la humanidad recibe más del 80% de la riqueza mundial (y controla mucho más), mientras el 92% de la población, aunque con mucha estratificación interna, son sectores populares (desde segmentos pobres en países poco desarrollados hasta capas precarias, trabajadoras estables y medias cualificadas de países más desarrollados). No obstante, hay que observar que para realizar una comparación rigurosa sobre el nivel de vida de los distintos países, habría que tener en cuenta la renta media por habitante en paridad de poder de compra (PPA), es decir, analizar su capacidad adquisitiva según los precios correspondientes.

Una vez explicada la dimensión y las principales características de la desigualdad socioeconómica, vamos a exponer sus implicaciones, los procesos de deslegitimación de la desigualdad social y la importancia de la cuestión social.

3. Deslegitimación de la desigualdad social

Existe un amplio rechazo ciudadano y masivas resistencias populares frente a la situación de desigualdad social, reforzada por la crisis socioeconómica y la política dominante de austeridad. Sus expresiones más directas son el paro masivo, la reducción del poder

adquisitivo de los salarios medios y bajos y el recorte de los servicios públicos –sanidad, enseñanza...- y la protección social –pensiones y desempleo-. Afecta a la deslegitimación de los poderes públicos, por su gestión regresiva, pone el acento en la exigencia de responsabilidades de los causantes de la crisis socioeconómica y plantea un cambio de rumbo, más social y democrático. Es crucial el desarrollo de la pugna cultural por la legitimidad de la actuación de los distintos agentes respecto de la desigualdad social.

Para profundizar en su análisis y la oposición a la misma, hay que responder a varios interrogantes (aludidos en las citas iniciales): a quién beneficia la distribución de rentas, recursos y poder; cuál es la nueva dinámica de segmentación social, y cómo se está configurando una cultura popular y una práctica social democratizadora y de resistencia frente a la involución institucional y socioeconómica. Pero con la realidad percibida, ya existe un mayor conflicto social entre, por una parte, los bloques de poder financieros y políticos, con la gestión antisocial e ineficaz de las principales instituciones económicas y políticas, y, por otra parte, las corrientes sociales indignadas, los movimientos de protesta social progresista y la izquierda social y política.

El debate político, social y académico sobre la desigualdad, sus consecuencias y sus causas, se conecta con el análisis e implementación de qué actitudes y reacciones se están produciendo en la ciudadanía, qué agentes sociales y políticos están interesados en su reducción y qué estrategias y medidas son las apropiadas para revertirla y construir un modelo económico y social más igualitario y un sistema político e institucional más democrático. El establishment económico e institucional continúa con una gestión antisocial y autoritaria, y aunque reconoce parcialmente la realidad de la desigualdad social y el malestar ciudadano, intenta eludir sus responsabilidades y desviar el camino, socialmente más adecuado, para revertirla.

Dada la gran legitimidad ciudadana de la reducción del paro y la creación de empleo decente, así como el gran apoyo popular a los derechos sociolaborales, la protección social y el Estado de bienestar, el Gobierno (y sectores afines) intenta anclar su política haciéndola pasar como medio necesario e inevitable para esos objetivos. Las medidas de destrucción de empleo, las reformas laborales o la reducción de la protección al desempleo dice que son mecanismos para ‘crear empleo’, intentando generar división entre la gente empleada y parada. Los recortes sociales en protección social –pensiones-, educación o sanidad y el proceso de deterioro de los servicios públicos los presenta como medios para la ‘sostenibilidad’ del Estado de bienestar.

Pero sus ideas de que el empleo (de mañana) se crea con el mayor desempleo de hoy, o que el Estado de bienestar se asegura desmantelándolo, no son aceptables para la mayoría ciudadana, a pesar de la gran ofensiva mediática. Esa disociación discursiva y ética de pretender justificar unas medidas regresivas como medios (negativos) para unos fines (positivos) de bienestar no termina de cuajar en la mayoría de la población, que manifiesta su desacuerdo con su carácter injusto y antisocial. Tampoco los portavoces progubernamentales son capaces de imponer la idea de que son sacrificios parciales y provisionales, en aras de un futuro mejor o para el interés general. Es más realista la idea, que sigue compartiendo la ciudadanía indignada, de que esas políticas regresivas son más coherentes con sus auténticos fines: por un lado, la reapropiación de riquezas y poder por las oligarquías económicas y políticas, y, por otro lado, la ampliación de la desigualdad de la mayoría de la población, con una posición más precaria, subordinada e injusta.

Igualmente, las principales instituciones internacionales, como la OCDE, aun reconociendo elementos extremos de la desigualdad, pretenden neutralizar las opciones para su transformación, eludir las responsabilidades del mundo empresarial e institucional y situar su (pretendida) solución en los sobreesfuerzos individuales de la población: la ‘empleabilidad’, echando la responsabilidad del desempleo masivo en la inadaptación profesional de

trabajadores y trabajadoras; o bien, a la opción de más esfuerzo educativo de los jóvenes, cuando existe una generación muy cualificada académicamente sin poder encontrar empleo decente y se redobla la desigualdad de oportunidades ante los auténticos problemas educativos.

Siguiendo esas orientaciones, la Ley Wert (y previsiblemente la inmediata reforma universitaria) profundiza la dinámica segmentadora y elitista y debilita el carácter integrador de la escuela pública. En un campo tan sensible para el desarrollo de capacidades e igualdad de oportunidades del alumnado, se acentúan las tendencias regresivas: fracaso escolar y abandono educativo prematuro, segmentación de las redes escolares y prioridad a la privada-concertada, división temprana de itinerarios, desdén institucional hacia alumnos con dificultades educativas y origen socioeconómico bajo e inmigrante, mayor segregación por sexo, retroceso de la laicidad, infravaloración de una formación profesional de calidad.... Se favorece a las élites y los privilegios de la Iglesia Católica y se refuerza el control social y el autoritarismo en la escuela, como ya viene aplicando el Gobierno de la Comunidad Autónoma de Madrid (ejemplos extremos, entre otros, son la imposición del nuevo equipo directivo en el Instituto Beatriz Galindo o la presión contra el director y el profesorado del Instituto Matías Bravo, de Valdemoro).

Grandes instituciones y Gobiernos europeos, al mismo tiempo que insisten en la continuidad de la austeridad, con sus efectos desigualitarios y de empobrecimiento, particularmente en el Sur, intentan sortear los procesos de deslegitimación popular. Los minusvaloran mientras no sean intensos y profundos. El mayor riesgo para los poderosos es la aparición de dinámicas de resistencia popular y democrática que cuestionen la estabilidad de su hegemonía política e institucional. Es cuando el poder establecido redobla su ofensiva política, autoritaria y mediática, frente a la reafirmación de la legitimidad ciudadana y la capacidad movilizadora y representativa de los movimientos sociales progresistas o agentes sociopolíticos que, al amparo de una amplia cultura cívica, cuestionan sus estrategias y su gestión liberal-conservadora. Se establece una pugna cultural y sociopolítica, soterrada o abierta, con gran desigualdad de poder y de futuro incierto, entre la ciudadanía activa, con fuerte apoyo popular, y la oligarquía de los poderosos, mientras permanecen confusos, pasivos o temerosos, sectores significativos de la sociedad. El proceso de deslegitimación de la desigualdad social, en España y a nivel europeo y mundial, ya ha comenzado. Falta consolidarlo y fortalecer la dinámica por la igualdad.

4. Relevancia de la nueva ‘cuestión social’

La cuestión social, con nuevas características, está adquiriendo de nuevo gran relevancia en la sociedad. La desigualdad socioeconómica se incrementa, pese a las interpretaciones liberales o posmodernas que aventuraban su superación o irrelevancia. Veamos algunos elementos que explican su dimensión y la importancia de sus implicaciones.

En primer lugar, se ha puesto de manifiesto la gravedad de la crisis socioeconómica y la reducción de empleos y rentas salariales, con paro masivo y descenso de la capacidad adquisitiva de los salarios medios y bajos. Esos ajustes en el mercado de trabajo conllevan una amplia transferencia de rentas hacia el capital, los beneficios empresariales y las élites económicas. Se han acompañado de una reestructuración regresiva del Estado de bienestar, con su segmentación y privatización parcial y la contención del gasto público social o su reducción por habitante. Al mismo tiempo, se han promovido reformas ‘estructurales’ y fiscales que disminuyen las transferencias de rentas y prestaciones sociales para capas populares y desfavorecidas y deterioran la calidad de los servicios públicos. Por tanto, se ha ampliado la desigualdad social y sus graves consecuencias para la mayoría de la población, con procesos de empobrecimiento, segmentación y desvertebración social.

Se produce en el contexto de una crisis sistémica, profunda y prolongada, y políticas regresivas de los gobiernos e instituciones europeas. La estrategia liberal conservadora es la dominante en la UE. Pone el énfasis en las medidas de austeridad que acentúan el estancamiento económico, con paro masivo, recorte de los derechos sociolaborales, mayor desequilibrio en las relaciones laborales, restricción del gasto público social, deterioro de los servicios públicos y los sistemas de protección social –pensiones y protección al desempleo- y una desigual distribución de los costes de la crisis, en beneficio del poder financiero que es quien la causó. Todo ello profundiza las brechas sociales y el impacto negativo para la situación económica y sociolaboral, las trayectorias vitales y las perspectivas inmediatas de la mayoría de la sociedad y, especialmente, de los jóvenes.

En segundo lugar, frente a la idea dominante en las instituciones internacionales sobre las características y causas de la desigualdad, que apuntan a factores impersonales como la globalización, la financiarización de la economía o la innovación tecnológica, hay que destacar la responsabilidad de sus causantes directos con el apoyo e instrumentalización a su favor de esos fenómenos: el poder financiero y los grandes inversores junto con la clase gobernante, desreguladora y gestora de la austeridad. Los rasgos principales y la causa inmediata del aumento de la desigualdad socioeconómica han venido por el incremento del desempleo, los bajos salarios y los recortes sociales y de la protección social. Y han obedecido a una consciente estrategia liberal-conservadora y antisocial del poder establecido, financiero, empresarial y político-institucional que, aprovechando esas circunstancias desfavorables para la población, han apostado por un reequilibrio de poder y distribución de rentas a su favor.

En tercer lugar, el significativo incremento de la desigualdad socioeconómica y la inaplicación de estrategias políticas adecuadas para revertirla, está influyendo, especialmente en los países del sur europeo, en la deslegitimación de los bloques de poder, financiero e institucional, representado por Merkel y la Troika (Comisión europea –CE-, Banco Central europeo –BCE- y Fondo Monetario Internacional –FMI-). La clase gobernante, especialmente en los países europeos periféricos, aparece como responsable de una gestión regresiva que perjudica a la mayoría de la población. Se percibe como problema no como solución. La disminución de la credibilidad ciudadana de los gestores gubernamentales y la pérdida de la confianza popular en los líderes políticos se acentúan al dar la espalda a la opinión mayoritaria de la sociedad, por incumplir sus compromisos con la ciudadanía y sus respectivos electorados y dejar en un segundo plano el interés de las personas y sus demandas.

En cuarto lugar, la desigualdad socioeconómica y la política de austeridad y recortes sociales y laborales se están confrontando con una amplia conciencia popular democrática y de justicia social. Se percibe la menor funcionalidad del sistema político, que desarrolla rasgos autoritarios, para satisfacer las demandas populares. Así, el descontento social y la indignación ciudadana que produce la desigualdad y la crítica al carácter regresivo y poco democrático de la gestión gubernamental de las derechas, están generando un mayor desarrollo y legitimidad de la protesta social progresista, junto con la activación de una masiva acción colectiva, canalizada por distintos agentes sociopolíticos. Se prolonga el deterioro de la cohesión social, los derechos sociales y la integración sociocultural, se profundiza la mayor subordinación e incertidumbre de franjas amplias de la población y empeora su situación material. Se generan menores garantías para las trayectorias laborales y vitales de los jóvenes, particularmente de capas medias y bajas y, especialmente, de origen inmigrante. Todo ello desacredita a las élites económicas y políticas, sometidas a una exigencia cívica de regeneración y reorientación de su papel. Por tanto, existe una interacción entre el empeoramiento de las condiciones socioeconómicas de la población y la percepción de su carácter injusto, con el amplio rechazo popular, y la significativa exigencia de cambio social y político.

En consecuencia, para la sociedad, la desigualdad social se ha convertido en un problema fundamental. La actitud crítica de la mayoría de la ciudadanía ante ella, la amplitud

de las protestas sociales progresistas y la acción de los diferentes agentes sociales y políticos ha cobrado una nueva dimensión, cuestionando la política de austeridad, los abusos de los mercados y el poder financiero y la falta de legitimidad de la gestión institucional dominante.

No obstante, la cuestión social presenta unas características distintas a las de otras épocas históricas, se produce en un contexto europeo y mundial particular y la conformación de las distintas fuerzas sociopolíticas tiene rasgos específicos. Se ha aludido a que ésta es una crisis sistémica, interpretada no como derrumbe, sino como dificultad de los sistemas o el poder, económico, político e institucional europeo, para cumplir su función social de asegurar el bienestar de la población y su legitimidad ciudadana. Pero, además de sus consecuencias negativas, es también oportunidad para el cambio, para potenciar opciones sociopolíticas transformadoras, frente al fatalismo que pretenden imponer los poderosos, con su discurso de la inevitabilidad de sus políticas regresivas y la demonización de las dinámicas, fuerzas y alternativas que resisten y apuestan por el cambio.

En definitiva, adquiere especial relevancia la nueva 'cuestión social', con elementos comunes con otros momentos históricos de crisis e incertidumbre. Pero, tiene unas características específicas y un impacto sociopolítico particular, en el marco de unas tendencias sociales ambivalentes. La problemática de la desigualdad social, las condiciones materiales de la población (empleo, vivienda, educación, salud, protección social...) y los derechos sociales, económicos y laborales han pasado a primer plano de la actualidad. Son un foco de preocupación pública y sociopolítica, interpretado mayoritariamente desde una cultura cívica, frente a (o en combinación de) otras tendencias segregadoras o de competencia individualista e intergrupala. O bien, ante el incremento de las brechas sociales, se refuerzan dinámicas nacionalistas entre los países del Norte y del Sur o en el interior de los mismos. Todo ello está ligado, por una parte, al intento de reafirmación del poder financiero neoliberal, junto con una gestión política antisocial y poco democrática y el desvío de sus responsabilidades, y, por otra parte, a la persistencia de una cultura ciudadana democrática y de justicia social, la amplia indignación popular y la masiva protesta social de una ciudadanía activa.

Este conjunto de elementos constituye una nueva realidad social para cuyo análisis no son suficientes las interpretaciones dominantes y las teorías clásicas anteriores. Ello exige un esfuerzo de rigor analítico, elaboración de otros conceptos y un nuevo lenguaje. Supone un emplazamiento también para los pensadores progresistas, para avanzar en una nueva teoría social crítica que, en conexión con el debate social y la acción colectiva, permita una mejor interpretación de estas dinámicas y facilite instrumentos normativos para su transformación.

Anexos

➤ **Tabla A-1: Evolución del Índice Gini**

Países	Año 1975	1985	1990	1995	2000	2005	2008	2007	2011
Suecia	0,212	0,198	0,209	0,211	0,243	0,234	0,259	0,234	0,244
Alemania		0,251	0,256	0,266	0,264	0,285	0,295	0,304	0,290
Francia		0,300	0,290	0,277	0,287	0,288	0,293	0,266	0,308
España		0,371	0,337	0,343	0,342	0,319	0,317	0,313	0,340
Italia		0,309	0,297	0,348	0,343	0,352	0,337	0,323	0,319
Reino Unido	0,268	0,309	0,354	0,336	0,352	0,331	0,342	0,326	0,330
EE. UU.	0,316	0,337	0,348	0,361	0,357	0,380	0,378		
China		0,288		0,388		0,410	0,610		
Brasil		0,570	0,590	0,610	0,590	0,580	0,560		

Fuente: OCDE, Banco Mundial y Eurostat (2013) y elaboración propia.

(Nota: Los datos del índice Gini, de los años 1975 a 2008 -o último disponible, que en el caso de China es de 2010-, son de la OCDE y el Banco Mundial. Las cifras de 2007 y 2011 de los países europeos son de Eurostat. Al no ser homogéneos con los anteriores, se ponen las dos columnas de 2008 y 2007. Para las casillas en blanco no hay datos disponibles.)

La tabla A-1 expone la evolución, en este caso según el índice Gini, de la desigualdad de países significativos por su específico sistema socioeconómico. Se han seleccionado para su comparación un país 'nórdico' (Suecia), dos 'continentales' (Alemania y Francia), dos 'mediterráneos' (España e Italia), dos 'anglosajones' (Reino Unido y EE.UU.) y dos 'emergentes' (China y Brasil).

Ya se han comentado antes algunas particularidades de diversos países. Uno de ellos, con un gran incremento del crecimiento económico y la desigualdad social es China, y merece una reflexión más detenida por el debate sobre la relación entre igualdad y modelos económicos y políticos. Hay que partir del reconocimiento de su importante aumento de actividad económica en estas últimas décadas de liberalización económica y desarrollo productivo intensivo. Aun así, tal como detallamos más adelante, hay que advertir que la renta por habitante es todavía la cuarta parte de la de España (unos 400 euros mensuales) y que los grandes planes de estímulo económico aprobados recientemente, persiguen duplicar en siete años (hasta el 2020) su renta media por habitante, que todavía llegaría solo a la mitad de la española (y muy lejana a la de EE.UU., Alemania o Japón). La tensión entre crecimiento, que es la apuesta principal de su régimen, y la desigualdad es muy fuerte. Como se ve, medida por el índice Gini, entre el año 2005 (0,41) y 2008 (0,61), la desigualdad social se ha incrementado un 50%, y se ha duplicado desde 1985 (0,288), que había empezado con un nivel bajo, en la media europea.

Esa doble dinámica es el fundamento de las numerosas y amplias protestas populares y las dificultades de legitimación de la actual élite china. Ésta no se puede legitimar en la retórica clásica de las izquierdas de la igualdad o un desarrollo 'equitativo' (social y medioambientalmente) o de defender los intereses del pueblo como dice su discurso. Su intento de justificación se vuelca en el aumento del nivel de vida, pero desigual, al considerar inevitable los grandes 'incentivos' para el estímulo de sus capas acomodadas, basados en el reparto desigual, la consolidación de privilegios y el control del poder. Es un asunto mucho más profundo que el síntoma reconocido por sus dirigentes y que les preocupa, de la corrupción rampante en su burocracia política y su nueva capa empresarial.

Contando con su fuerte atraso previo, el sistema económico chino, de modernización acelerada pero con fuerte incremento de la desigualdad y un modelo social frágil (sin Estado de bienestar, ni suficiente cobertura pública de la protección social y la sanidad), no supone ningún atractivo para las clases trabajadoras europeas; todo lo contrario, se ve con recelo al ser utilizado, dentro de la actual globalización económica, como argumento para el recorte de los derechos sociales, laborales y de empleo. El mayor país llamado ‘socialista’ no está asociado a la igualdad. Pero, con su régimen autoritario, sus élites tampoco pueden dar lecciones de desarrollo democrático y respeto al pluralismo y las libertades civiles y políticas. Tienen un grave problema de legitimidad y, según ellos mismos, si no corrigen la corrupción generalizada (la apropiación de riquezas y la desigualdad desenfrenadas) puede llevar al traste la estabilidad de su régimen.

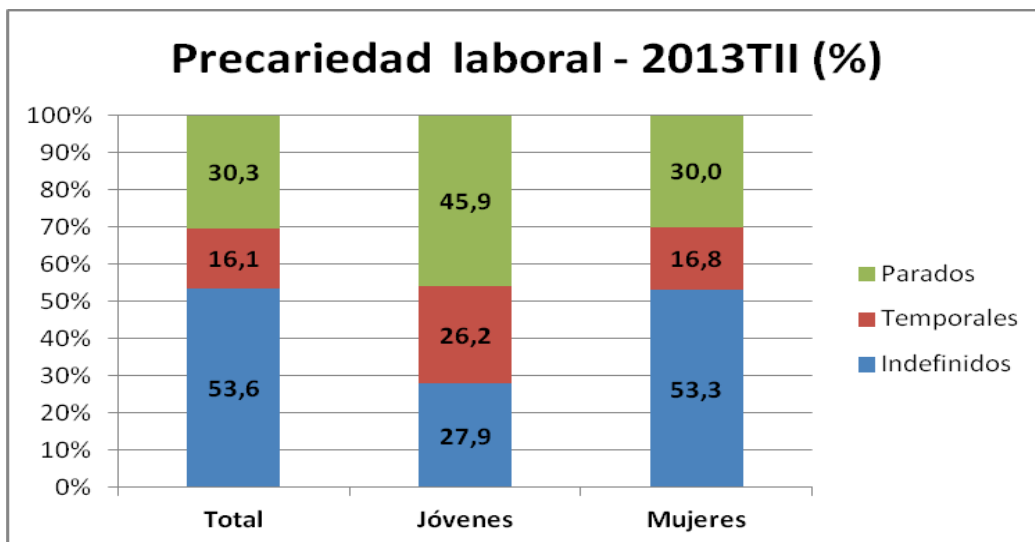
➤ **Tabla A-2: Incremento de la pobreza en España (%)**

Año	2004	2005	2006	2007	2008	2009	2010	2011	2012
Riesgo de pobreza y exclusión (AROPE)	24,4	23,4	23,3	23,1	22,9	23,4	25,5	27	26,8
Pobreza monetaria (60% de renta mediana)	19,9	19,7	19,9	19,7	19,6	19,5	20,7	21,8	21,1
Pobreza: 65 años y más	29,5	29,3	30,7	28,2	27,4	25,2	21,7	20,8	16,9
Privación material severa (exclusión)	4,3	3,4	3,4	3	2,5	3,5	4	3,9	
Umbral pobreza (euros mes)	523	529	572	600	646	665	651	626	613
Ingresos medios relativos de las personas ancianas	0,77	0,75	0,74	0,77	0,78	0,8	0,83	0,83	

Fuente: Eurostat (2013) y elaboración propia.

La tabla A-2 detalla la evolución de los principales indicadores de los dos tipos de pobreza, monetaria y de condiciones de vida, y se resaltan algunos datos significativos. El umbral anual de pobreza monetaria en el año 2012 es de 7.355 euros (613 euros en doce mensualidades), el 60% de la renta media que son 12.258 euros anuales. La pobreza severa se sitúa por debajo de 307 euros, mitad del umbral de la pobreza (613 euros) que es el 60% de los ingresos medianos. Por otro lado, la renta mediana en el año 2012 (valor constante de 2006) es de 15.421 euros, y en 2011 es de 13.744 (11% menos). La privación material severa o exclusión social vuelve a incrementarse, hasta llegar al entorno del 4%. Como se ha adelantado los ingresos medios relativos de las personas ancianas, que casi han mantenido hasta ahora el poder adquisitivo de sus pensiones, son inferiores a la media pero han crecido estos años respecto de la media, al descender los de la población adulta por el desempleo y las rebajas salariales.

➤ **Gráfico A-1: Precariedad laboral por sexo y edad**

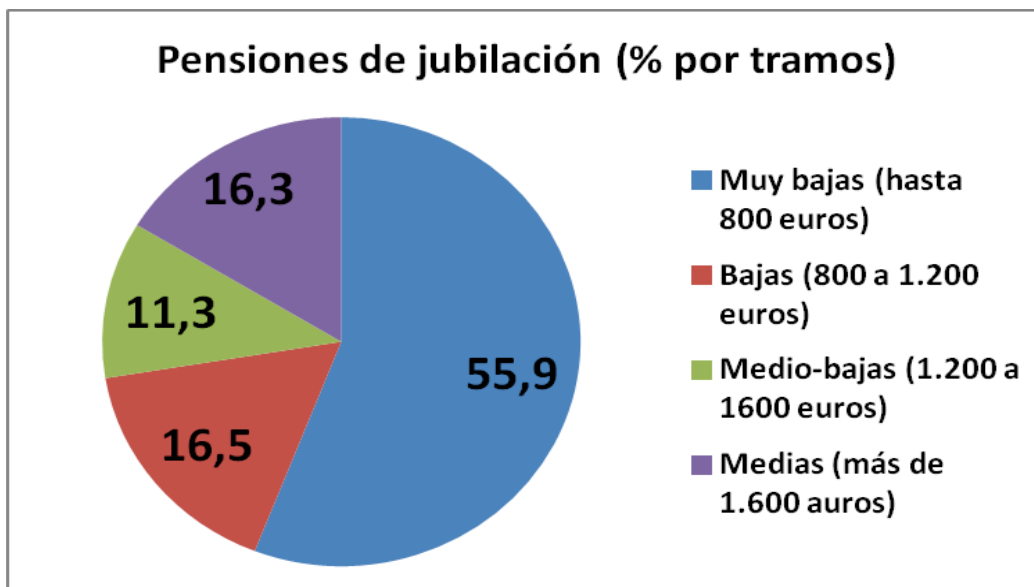


Fuente: INE-EPA (2013) y elaboración propia.

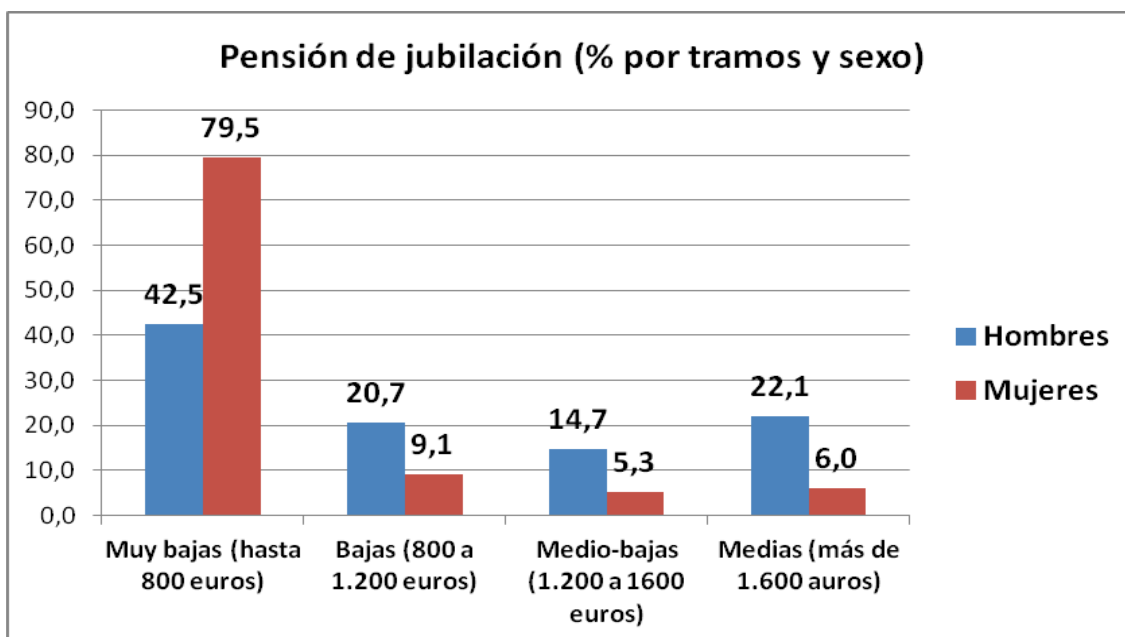
El total de la población asalariada y desempleada, en el segundo trimestre de 2013, es de 19,7 millones. De ese conjunto son mujeres, 9,5 millones, y varones, 12,2; jóvenes (hasta 30 años), 3,8 millones. Respecto a la contratación temporal y el desempleo (gráfico A-1), las desigualdades principales se dan por edad, entre jóvenes (72% de precariedad, la mayoría grave) y adultos -varones y mujeres- (menos de la mitad). En estos aspectos existen menores desigualdades por sexo; aunque en otras variables, como el empleo a tiempo parcial, la tasa de ocupación, la brecha salarial (las mujeres cobran el 70% respecto de los varones) o las pensiones de jubilación es muy relevante la desventaja de las mujeres. En la mayoría de las mujeres jóvenes se concentran las mayores desigualdades respecto a su inserción laboral.

➤ **Gráficos A-2 y A-3: Pensiones de jubilación (% por tramos y sexo)**

En los gráficos A-2 y A-3 se detalla el porcentaje, por tramos, del total de pensiones de jubilación y distribuidas por sexo. Solo el 16,3%, que perciben más de 1.600 euros (recordemos que -en catorce pagas- el salario medio era de 1.636 euros y la renta media de la población 1.460 euros) se pueden considerar con prestaciones *medias*. Mientras tanto, el 55,9% son *muy bajas* (hasta 800 euros), el 16,5%, *bajas* (entre 800 y 1.200 euros), y el 11,3%, *medio-bajas* (entre 1.200 y 1.600 euros). Diferenciadas por sexo nos encontramos que para las mujeres la distribución es la siguiente: *muy bajas*, el 79,5%; *bajas*, 9,1%; *medio-bajas*, 5,3%, y *medias*, 6%. En el caso de los varones son 42,5%, 20,7%, 14,7% y 22,1%, respectivamente. En definitiva, la gran mayoría (más del 70%) de las pensiones de jubilación en España son bajas o muy bajas, especialmente para las mujeres (90%), y su capacidad adquisitiva va a disminuir por los recortes aprobados.

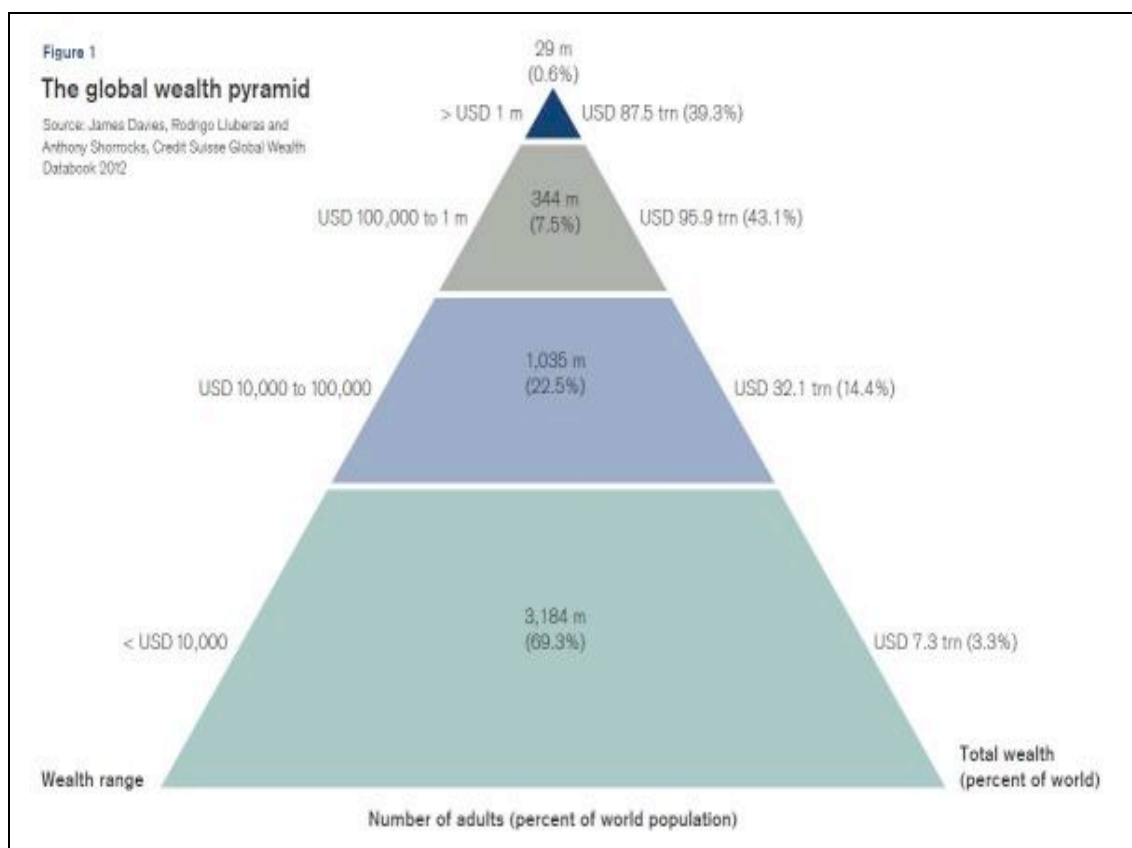


Fuente: Estadísticas de la Seguridad Social (2013) y elaboración propia.



Fuente: Estadísticas de la Seguridad Social (2013) y elaboración propia.

➤ **Gráfico A-4: Distribución global de la riqueza**

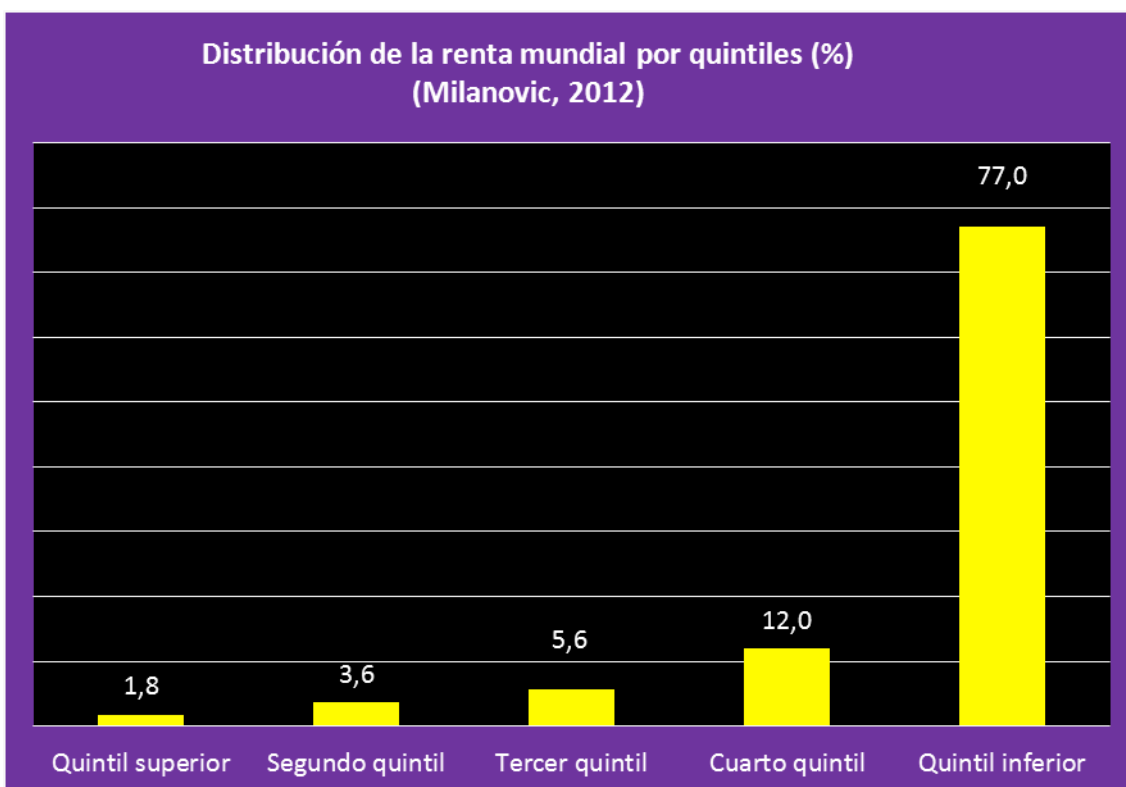


Fuente: Credit Suisse (2013).

En el gráfico 6 ya se han explicado los datos fundamentales del reparto global de la riqueza, que vienen desarrollados en el gráfico A-4. Ahora, se puede resaltar que en el año 2012, la media de ingresos, del estrato superior de la población mundial (0,6%) es de 3 millones de dólares; del segundo (7,5%), 279.000; del tercero (22,5%), 31.000; del inferior, (69,3%) 2.300. Respecto del estrato inferior, la media de ingresos del estrato superior es de más de mil veces, del segundo estrato más de cien y del tercero más de diez. La capa alta mundial (8,1%), con 375 millones de personas, percibe el 82,4% de la riqueza, mientras las capas populares (91,8%) reciben el 17,7%.

Como datos complementarios podemos añadir que el total del producto generado en ese año 2012 son 241 billones de dólares, a pesar de la crisis, un 68% más que en el año 2000, aunque su distribución por países es muy desigual, como se ha detallado antes. Cabe añadir varios datos significativos, según la OCDE. China ingresa el 9% de la riqueza mundial, con el 20% de población, es decir, recibe la mitad que la media. Su renta media per cápita (2010), fue de 7.519 dólares (5.640 euros anuales o 470 en doce mensualidades o 403 en catorce). La actual dirección china pretende duplicarla para el año 2020; no obstante, como se decía, hay que matizar que todavía es la cuarta parte que en España: 31.904 dólares (23.928 euros o 1.709 en 14 mensualidades y 1.992 en doce). A efectos comparativos entre distintos países significativos (para el año 2003, en dólares, fuente Banco Mundial, 2003), el PIB per cápita (PPA) es el siguiente: EEUU, 34.280; Alemania, 25.240; Francia, 24.080; España, 19.860; Polonia, 9.370; China, 3.960; India, 2.820, y entre los más pobres del mundo, Sierra Leona, 460.

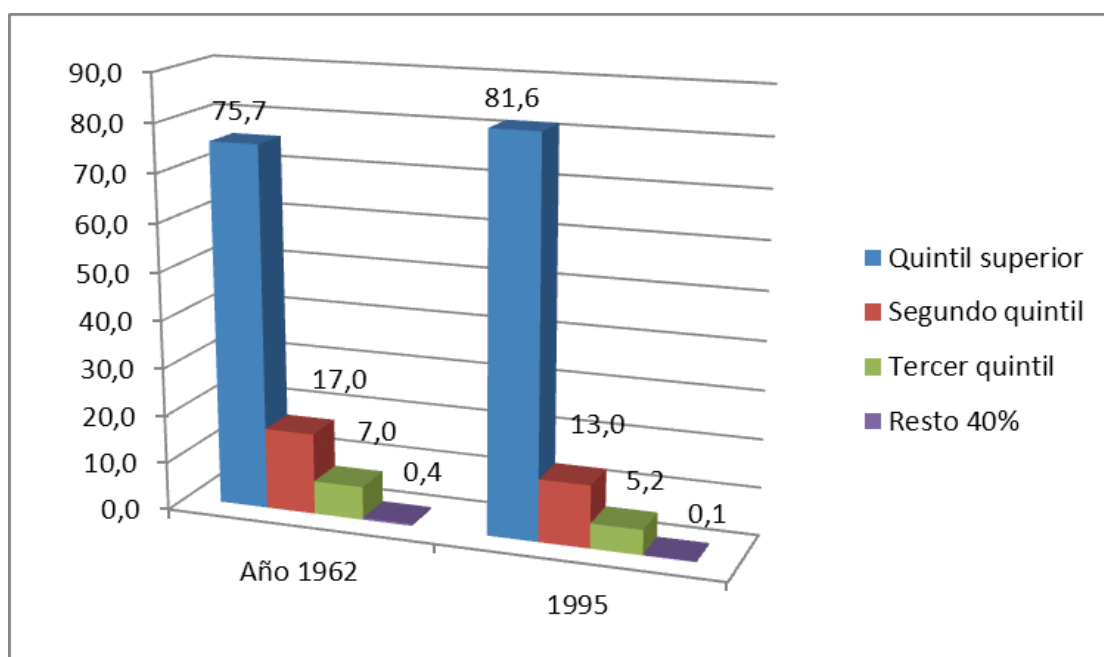
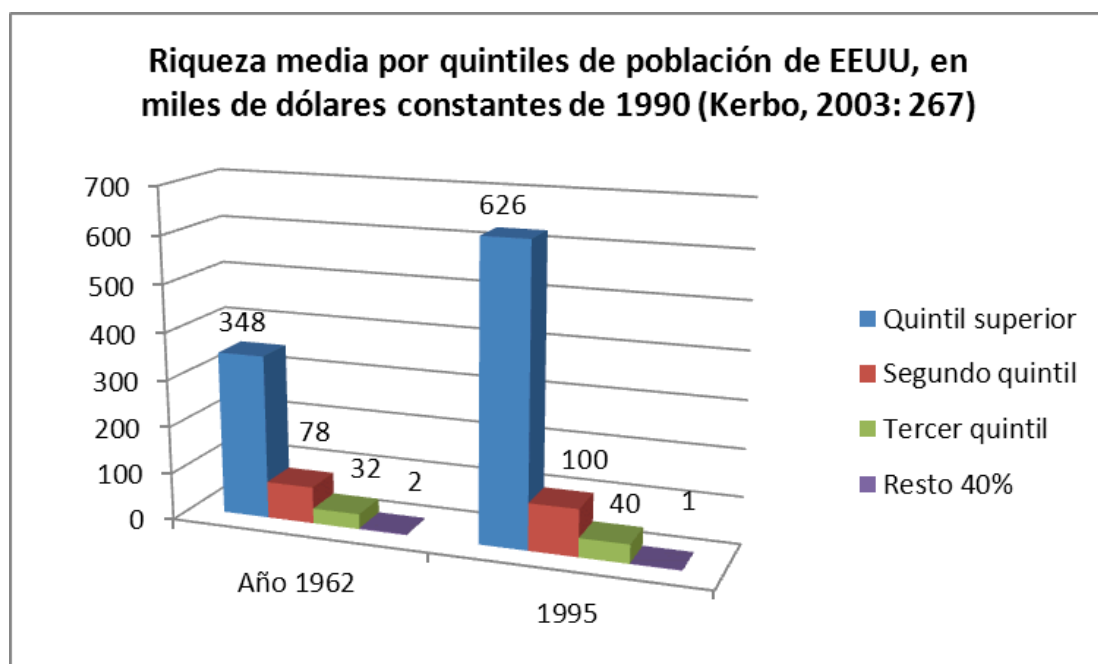
➤ **Gráfico A-5: Distribución de la renta (% por quintiles)**



Fuente: Milanovic, 2012.

Según el gráfico A-5 una quinta parte de la renta mundial (quintil superior) se la reparte el 1,8% de la población mundial; el segundo quintil recibe el 3,6%, y el tercero el 5,6%. Es decir, el 11% de la población, las élites dominantes o ricas, percibe el 60% de la renta mundial. En el quintil inferior de renta, en el otro extremo, el 20% de la renta se distribuye entre el 77% de la población. Y el 12% de la población (intermedio) percibe el otro 20% de la renta, algo más de la media, es decir, estaríamos hablando de la también minoritaria clase media mundial (media-media y media-alta), por nivel de ingresos.

➤ Gráficos A-6 y A-7: Riqueza media por quintiles de la población de EE.UU (total y %)



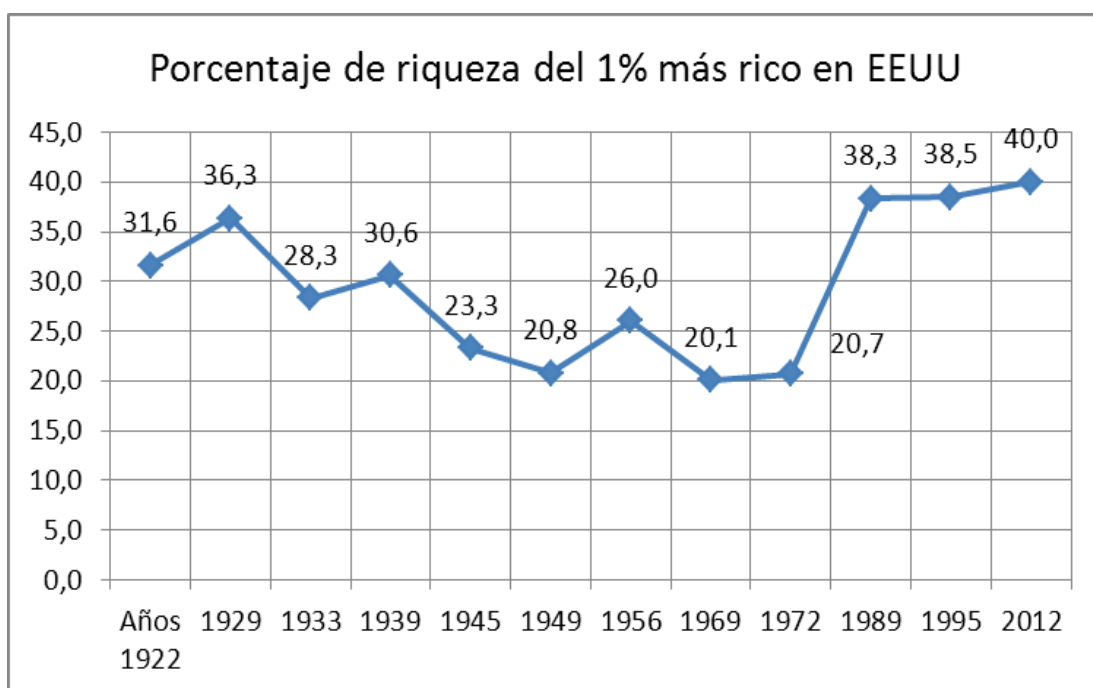
Fuente: Kerbo (2003: 267).

Los gráficos A-6 y A-7 muestran la distribución de la riqueza en EE.UU. El primero está distribuido por el total de la riqueza (en dólares y a valor constante de 1990) en los cinco quintiles de población y el segundo por el porcentaje (%) que ingresa cada quintil (sumados los dos inferiores). El total de valor producido en el año 1.962 era de 460.000 millones de dólares que dividido por cinco quintiles da una media de 92.400 dólares por habitante. En el año 1995 era de 768.000 millones con una media de 153.600 por habitante. En esos 33 años se ha generado en EE.UU. un crecimiento del 66%. A pesar de ello, comprobamos que partiendo de una gran distancia en el año 1962 (de 174 a 1, entre el quintil superior y la suma de los dos

quintiles inferiores), la distribución desigual todavía se ha reforzado más (626 a 1). En esas tres décadas largas de importante crecimiento de la economía y lejos de la crisis actual, el quintil superior se ha enriquecido un 80% (de 348 mil dólares a 626 mil), el segundo quintil un 28% (de 78 a 100), y el tercero (el segmento intermedio) un 25%; pero los dos quintiles restantes, el 40% de población de nivel inferior (trabajadora) se ha empobrecido y reducido sus ingresos reales (a valor constante) a la mitad.

Pero si vemos la distribución por porcentaje de riqueza que se lleva cada quintil de población tenemos que solo el superior ha aumentado su proporción respecto del conjunto de la riqueza y ha pasado del 75,7% al 81,6%, a costa de la disminución del resto del 80% de la población. El segundo quintil ve reducido en un 23% su anterior porcentaje; el tercero un 25%, y los dos restantes el 75%.

➤ **Gráfico A-8: Porcentaje de riqueza del 1% más rico de EE.UU.**

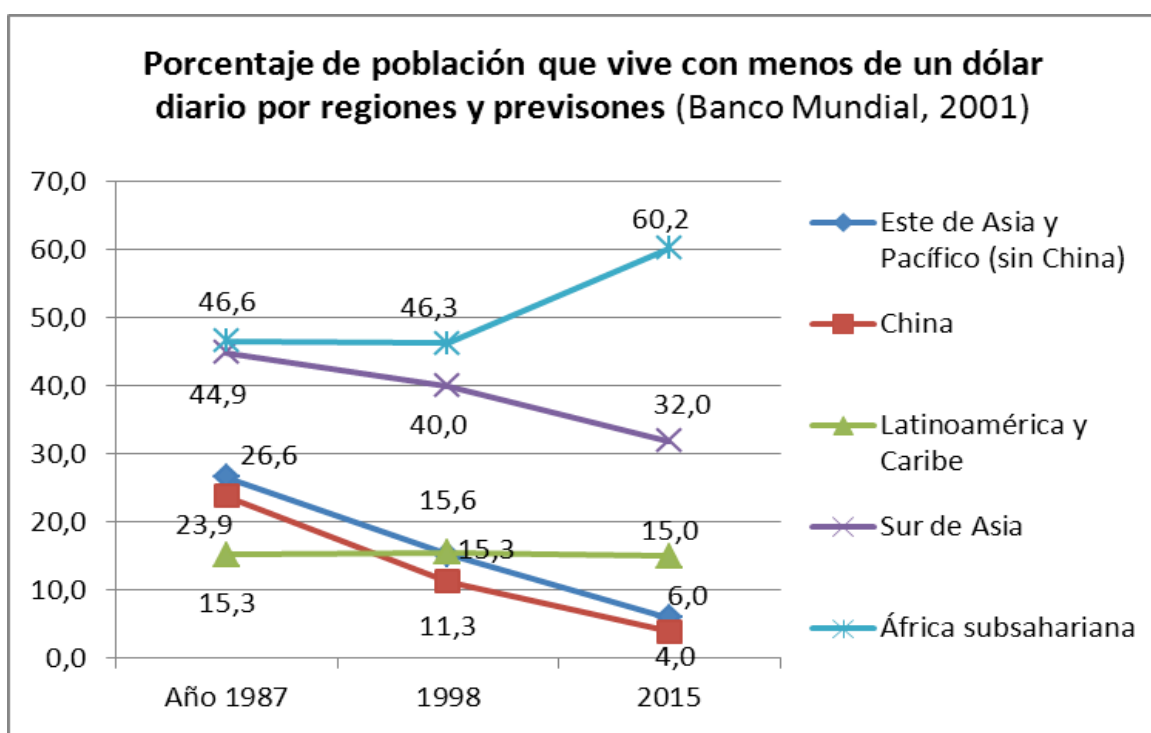


Fuente: Kerbo (2003) y Credit Suisse (2013).

Un hecho significativo es la evolución a largo plazo de la riqueza del 1% más rico en EE.UU., el país más potente del mundo (gráfico A-8). La máxima apropiación de esa minoría la tuvo al comienzo de la Gran Depresión de 1929 y explica, en gran medida, sus causas y la gravedad social de la misma. Precisamente, con las posteriores políticas keynesianas de expansión económica y protección social, se palió en las siguientes décadas esa gran desigualdad, hasta comienzos de la década de los ochenta, con el giro neoliberal. Esa élite, en poco más de una década, casi duplica su concentración de riqueza y, a su vez, es una de las causas fundamentales de la actual crisis económica. Esa gran acumulación de riqueza en la cúpula poderosa se consolida hasta llegar al 40% y, según los últimos datos disponibles, se va reforzando con la estrategia de austeridad y la ausencia de políticas fiscalmente reequilibradoras, reactivación económica y promoción de empleo decente.

➤ **Gráfico A-9: Porcentaje de población que vive con menos de un dólar diario**

Por último, en el otro extremo de la población muy pobre, que vive con menos de un dólar diario, tenemos el gráfico A-9, con datos por regiones menos desarrolladas del mundo y en el periodo anterior a la actual crisis económica. En el año 1987 el mayor porcentaje de población en esa situación de pobreza se da en África Subsahariana (46,6%) y Sur de Asia (44,9%). En esa década larga hasta el año 1998 desciende ligeramente, pero las previsiones (en el año 2001) para el año 2015 eran de un incremento sustancial en la primera zona (60,2%) y una continuación del descenso en la segunda (32,0%). Respecto de las otras tres regiones, la evolución es la siguiente: Este de Asia y Pacífico (sin China) pasa del 26,6% al 15,3% y la previsión del 6,0%; China del 23,9% al 11,3% y al 4,0%, expresando el impacto de su gran crecimiento económico, y en Latinoamérica y el Caribe, que partía del menor porcentaje (15,3%) se estanca y, según las previsiones, mantiene similar porcentaje de población muy pobre (15,0%)



Fuente: Banco Mundial (2001).

➤ **Conclusión: incremento de la desigualdad socioeconómica**

En consecuencia, se está produciendo un incremento de la desigualdad, que afecta a la cohesión de las sociedades, la calidad democrática de sus sistemas políticos y las relaciones internacionales. Esta situación mundial de retroceso de condiciones y derechos socioeconómicos, laborales y democráticos, es particularmente significativa en los países europeos periféricos, como España, objeto principal de este análisis. No obstante, la mayoría de la sociedad, desde una cultura cívica de justicia social, manifiesta su desacuerdo respecto a la estrategia liberal-conservadora de austeridad que sufre un fuerte proceso de deslegitimación social. Por otro lado, las izquierdas europeas no tienen referencias alternativas internacionales y, aun reconociendo las distintas condiciones históricas, los modelos menos desiguales y más democráticos (con todas sus limitaciones) se concentran en los países 'desarrollados' de la vieja Europa. La cuestión es que los poderes financieros e institucionales

Europeos y mundiales, representados en la llamada Troika (BCE, FMI y CE), apuestan por la reducción de esa relativa igualdad y protección pública del modelo social europeo, y se está generando una involución social y democrática, con dinámicas más autoritarias. A partir de diagnósticos como el de M. Draghi, presidente del Banco Central Europeo –BCE– que dice que *el modelo social europeo es insostenible*, la estrategia liberal-conservadora trata de imponer un proceso de recortes sociales y laborales y desmantelamiento del Estado de bienestar, particularmente en los países europeos periféricos (e impedir su desarrollo en los países emergentes). Para las capas dominantes significa que los países europeos deberían acercarse a esa media mundial de desigualdad, desprotección social, fragilidad de servicios públicos y desamparo para la mayoría de la población y abaratamiento de costes laborales, no al revés. Su modelo liberal es el Estado de mínimos, con privatización e individualización de los riesgos, y la subordinación de la población trabajadora. La pugna en Europa por acabar con la austeridad y promover la igualdad, una gestión política democrática y una salida justa de la crisis, con el horizonte de una democracia social avanzada, se convierten en un desafío para todas las fuerzas progresistas.

Antonio Antón es profesor honorario de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid. El presente texto es una versión revisada de su intervención en las X Jornadas de Pensamiento Crítico, celebradas en la Universidad Carlos III (Leganes, Madrid) en diciembre de 2013.